

DESIERTO, ESPACIO DE SOLEDAD Y SILENCIO

*“Una sola Palabra habló el Padre, que fue su Hijo,
y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”.*

(San Juan de la Cruz).

Quiero compartir esta reflexión con los lectores de Vida Religiosa, sobre el desierto, espacio de soledad y silencio en medio del mundo, en el que a la mayoría nos toca vivir. El desierto y el silencio van de la mano. En el sentido espiritual no hay desierto sin silencio ni silencio sin desierto, pues ambos nos conducen al encuentro con nosotros mismos y con el Creador; esta es la finalidad que pretendemos al retirarnos al desierto: encuentro consigo mismo, encuentro con el Creador y encuentro con la humanidad. El desierto y el silencio no son una huida, sino un estar presente a la **Presencia** y a los hermanos, un vivir en comunión hasta con el cosmos.

Todos sabemos que el desierto es un lugar geográfico, al que no es fácil retirarse. Sin embargo, siempre podemos retirarnos al desierto de nuestro propio corazón y allí vivir la espiritualidad del desierto. A este desierto del corazón y de la mente queremos retirarnos con esta reflexión. Hay momentos en la vida que es necesario rodearse de soledad y silencio para escucharse, y poder ver con más claridad e ir más allá. El desierto, es el lugar de ir a lo esencial.

El desierto simboliza la belleza, la grandeza, la magia y esplendor. Imagínate el amanecer, una puesta de sol y una clara luna, un horizonte sin fin; la calma, la soledad el silencio que invitan a la paz y serenidad, a la relación consigo mismo y con Aquel que se hace **Presencia** cuando todo se acalla. El desierto también simboliza la austeridad, la ascesis, el ayuno, la sed, el cansancio, la pobreza, el desprendimiento. Valores humanos y espirituales que construyen y enriquecen a la persona, adquiriendo poco a poco una espiritualidad, una manera de ser, de pensar y de actuar.

En una sociedad marcada por las prisas, la agitación y llena de palabras vacías, junto a imágenes tan agresivas, banales y carentes de sentido; en una sociedad enloquecida por el ruido y las técnicas modernas que no sabe muy bien a dónde van ni a dónde nos llevan, se necesita retirarse al desierto para encontrarse consigo mismo y “construirse” como persona; porque la dispersión nos acecha por todas partes y nos hiere en el más profundo centro, desviándonos de lo esencial. En nuestra sociedad, todo tiende a “divertirnos” a dispersarnos y sacarnos de nuestro propio centro, de nuestra interioridad, robándonos nuestra propia libertad y lo mejor de nosotros mismos, nuestra interioridad. Si queremos ser personas libres, equilibradas, reflexivas y orantes, hemos de “purificarnos” de tantas “toxinas” negativas como se van acumulando en nuestro propio ambiente, influyéndonos en nuestra manera de ser, de pensar y actuar. Vivir la espiritualidad del desierto ayuda a purificar nuestro interior y a evitar que entren en nuestra mente palabras, imágenes y sonidos que nos invaden y contaminan. El silencio, la soledad y la oración son como un contrafuerte que hacen barrera a toda influencia nociva de un mundo materializado sin profundidad ni alma.

Decía José María Gil Tamayo: “Tengo la sensación de que Europa ha perdido el alma”¹. ¿No nos pasa un poco eso, también en la vida religiosa?

Por todos los medios hemos de evitar que ni en mi mente ni en el corazón entre aquello que “contamina” y “oscurece” nuestro espíritu y nuestra conciencia. Porque hoy día con el relativismo, todo es bueno, todo es y da igual. No permitamos que esa “perla”, límpida y diáfana que todos llevamos dentro desde nuestra creación, se mancille y contamine con tanta basura como este mundo intenta vendernos como un buen producto, para nuestro propio desarrollo y bienestar con paca de modernización. Tal vez resulte fuerte constatar que vivimos en la superficie de lo que en realidad somos y estamos llamados a ser y vivir, pues lo mejor de nosotros mismos se queda en el fondo de nuestro ser, adormecido, sin darle la oportunidad de que se desarrolle y llegue a ser lo que en realidad es: creatura creada para vivir en relación amorosa con su Creador, en armonía consigo misma y con sus hermanos y hermanas en humanidad. Y todo esto, desde la plena libertad, sin influencias ni ataduras externas. En general, vivimos bastante distraídos, sin profundizar en el verdadero sentido de nuestra existencia y en lo que realmente somos y valemos. Vivimos en los arrabales de nuestra existencia. De aquí nacen muchas de las enfermedades modernas, causadas por la ruptura que se da entre lo que vivimos y lo que estamos llamados a vivir. “En el desierto, podemos bajar en profundidad, donde se juega verdaderamente nuestro destino, la vida o la muerte”².

A quienes intentamos y queremos ir por el camino de la libertad, de la interioridad y de la armonía interior, el desierto espiritual nos ayuda a tomar conciencia de nuestra fragilidad y también de nuestra grandeza: “Somos creados a imagen de Dios” (Gn 1,26). Venimos de la naturaleza divina. El desierto nos ayuda a ser conscientes de lo que realmente somos: Templos de Dios, sagrarios vivos de su Presencia. Dios uno y trino se ha encarnado en nosotros. Pablo dirá: “No sabéis que sois templos del Dios” (1 Cor 6,19). De aquí que el verdadero desierto lo hemos de crear y vivir dentro de nosotros mismos; porque el desierto espiritual no es un lugar geográfico -que sin duda puede ayudarnos y tiene un gran atractivo- sino la presencia de Dios que me habita y quiere entablar un diálogo de amor conmigo. “La conduciré al desierto y le hablaré al corazón” (Is. 2,14).

El verdadero desierto es descubrir y vivir la presencia del Dios invisible, descubrir su voz y saberse tiernamente amado/a por él. El desierto espiritual no es un lugar, sino la disposición y vivencia interior en medio de la baraúnda de las sociedades modernas. El desierto no es tanto la ausencia del ruido ni los hombres, como la presencia Divina. Ya que puedo estar en el desierto geográfico más perfecto llevando sobre mí el mundo de los deseos, recuerdos y frustraciones, y vivir totalmente de espaldas a Dios y a mí mismo. Al contrario, puedo vivir en medio de las multitudes y del ruido y vivir en presencia de Dios y armonía conmigo misma. Pero para lograr este estado interior se necesita una fuerte ascesis y disciplina, para ir contra corriente de todo aquello que desgarrar mi unidad interior y roba mi capacidad de pensar y de decidir en plena libertad. El verdadero sentido del desierto es vivir en su **Presencia**, bajo su mirada amorosa y transformante. “El mirar de Dios es amor” dirá Juan de la Cruz. Mi verdadero desierto es la purificación de todo, para ser capaz de percibir la mirada amorosa de Dios sobre mí, la cual me va recreando continuamente a su imagen y

¹. José María Gil Tamayo, Europa Presse 18 septiembre 2015.

². Audiencia del papa Francisco, Miércoles de Ceniza 26/02/2020

semejanza. El desierto es tomar conciencia de la transformación que el Espíritu Santo realiza en mi interior haciéndome una nueva creatura. “El desierto es la ausencia de palabras para hacer espacio a otra Palabra, la Palabra de Dios, que como una brisa ligera nos acaricia el corazón” (cf. 1 Reyes 19,12)³.

Si en medio de la vida cotidiana vivo el verdadero sentido del desierto, todo aquello que me aleja de mí mismo, de Dios y de los demás lo iré apartando, como puede ser: el estar apegados todo el día al móvil, respondiendo y enviando mensajes; conversaciones vanas; imágenes y lecturas sin contenido; programas de televisión que no me aportan nada y me roban el tiempo. Todo esto tan de actualidad, e incluso en la vida consagrada puede ir en contra de una vida orante, interiorizada. Vivir el desierto en el corazón de las ciudades, en la vida diaria exige disciplina, voluntad y discernimiento para elegir y optar por todo aquello que realmente me lleva a vivir en armonía, en paz y serenidad conmigo mismo, en compañía de Dios y en comunión con mis hermanos y hermanas en humanidad. Este es el verdadero sentido espiritual y místico del desierto, vivir en comunión. Decía el papa Francisco que la Cuaresma es tiempo de crecer en la amistad con Jesús. Esta es también la finalidad del desierto: “Vivir y crecer en esta amistad con Aquel que sabemos nos ama”, por decirlo con palabras de Santa Teresa. Jesús cuando se retira al desierto no es tanto para estar solo como para estar en compañía con su Padre. “Por la mañana, antes de amanecer, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar desierto; allí estuvo orando” (Mc 1,35). El desierto no es vivir la tranquilidad y el bienestar personal, sino vivir en compañía, en relación amorosa, en un movimiento de acogida y entrega a la acción del Espíritu Santo en mí vida.

El discernimiento, en nuestras elecciones cotidianas, se impone más que nunca; dado el abanico tan enorme que tenemos de dispersión con las nuevas tecnologías. El desierto nos enseña a amarnos a nosotros mismos, a elegir todo aquello que me construye como persona adulta y libre, sin alienaciones ni influencias ajenas, y me lleva a desprenderme y desechar todo aquello que me va destruyendo. ¡Esto es muy importante! Viviéndolo así el desierto no da miedo, al contrario, es atrayente, todavía más, es una necesidad vital tras la cual se corre una vez que se ha saboreando sus frutos. En el desierto espiritual no hay caminos trazados, el camino lo has de hacer tú mismo, pues es tu camino el que tú debes de recorrer. Y nadie lo hará por ti.

En la vida también hay desiertos no elegidos y hemos de darles sentido, aprendiendo a vivirlos desde una dimensión teológica. Pensemos en el desierto de la enfermedad, de la muerte de un ser querido, de la ancianidad, de la soledad, de la precariedad extrema, de los refugiados y perseguidos, de toda la violencia que se da en la sociedad, y de tantas familias rotas, niños maltratados y abandonados. Estos son los desiertos de nuestras ciudades, los desiertos habitados, acompañados de una profunda tristeza y pobreza. Tomemos conciencia de tantos desiertos en los que viven muchos de nuestros hermanos en humanidad y seamos solidarios desde la oración, compartiendo nuestros bienes y nuestro tiempo, la acogida y la escucha. Seamos hospitalarios, pues la ley de hospitalidad es característica de la vida del desierto. Esta ley de hospitalidad la encontramos en el Antiguo Testamento: Abrahán acoge a tres hombres que pasan junto a su tienda en Mambré (Gen 18,1-8);

³. Audiencia del papa Francisco, Miércoles de Ceniza 26/02/2020

Labán recibe con honores al servidor de Abrahán (Gen 24,28-32); Lot introduce en su casa a los ángeles (Gen 19,1-8).

Retirarse al desierto es hacer propia la historia de la humanidad, llevarla consigo, para presentarla al Señor, el dueño de la Historia, para que la conduzca por el buen camino, la purifique y la salve; pues en los desiertos del mundo Jesús es el único que puede saciar nuestra sed y sanar todas las heridas y enfermedades. “Jesús es la fuente de agua viva” (Jn 7,38), él sacia nuestra hambre: “Yo soy el pan de vida” (Jn 6, 51). Y él es el camino (Jn 14, 6). Él es el médico, “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mt. 8,17). “Toda enfermedad y toda dolencia” (Mt. 4,23).

El desierto, como ya hemos dicho, es una realidad geográfica; pero espiritualmente es un estado de vida, una manera de ser, pensar y actuar. Para vivir la espiritualidad del desierto tengo que darme los medios necesarios, cada uno debe saber elegirlos. Fomentar tiempos de silencio, soledad, reflexión, oración, lectura de la Palabra, nos ayudan a vivir en la presencia de Dios y a ir creando en nosotros la espiritualidad del desierto. También se va desarrollando en nosotros la hospitalidad del encuentro. Las personas que se mantiene en conexión con su propio centro son hospitalarias, saben escuchar y son transmisora de sabiduría.

SILENCIO

Una palabra sobre el silencio. Desierto y silencio van de la mano. “Vuestra fuerza está en el silencio” (Is 30,15). “Guarda silencio y yo te enseñaré sabiduría” (Job 33,33). Esto nos dice la Palabra de Dios. Sin embargo, el “sonido” del silencio, es algo que asusta a muchas personas, pues les da miedo, ya que les obliga a encontrarse con su yo más profundo, con la realidad de lo que son. La espiritualidad del desierto va unida a la práctica del silencio. El silencio es como el agua tranquila del estanque que al asomarnos refleja nuestro perfil. Si no queremos reconocer nuestra identidad, nuestro verdadero rostro, nos apresuramos a remover las aguas para que nuestro perfil desaparezca. Pero removiendo las aguas nos perdemos en la confusión, en la dispersión y en la falsedad y manipulación de nuestra propia imagen.

Cuando vamos al desierto y nos disponemos a orar hemos de ponernos en la presencia de Dios, tal como somos, sin miedo ni disimulos, para poder escuchar lo que el Señor nos dice al corazón. Lo primero que debemos hacer es silenciar, en la manera de lo posible, el ruido exterior, pero ante todo tenemos que acallar el ruido de nuestra mente con sus preocupaciones, dispersiones y pasiones que son las que más ruido hacen dentro de nosotros mismos y las que más nos dispersan y quitan la paz. Si estos ruidos no se acallan, el silencio puede llegar a ser una tortura insoportable. De aquí nace la dificultad de vivir el silencio, porque en el silencio escuchamos la barahúnda que nos habita que nos molesta y desestabiliza; porque ver nuestra propia imagen no nos gusta. En general todos deseamos otra imagen que la que realmente tenemos. Y ante esta realidad preferimos vivir en el ruido que desdibuja y nos distrae de lo real. El silencio es imprescindible para encontrarse con uno mismo, con Dios y con los demás. El desierto es silencio interior. No se trata de un silencio alienante, sino de una actitud interior que me capacita para descubrir la verdad en mi vida, para poner orden en mi interior y ser receptiva a la acción del Espíritu Santo que me sana y unifica. El silencio me capacita para la escucha y para amar. Aquel que sabe guardar silencio

adquiere sabiduría. Y la sabiduría le llevará a saber gobernar su vida desde la verdad, la rectitud y el bien obrar. Y desde esta sabiduría, crecerás y ayudarás a crecer a otras personas en su integridad humana y espiritual.

Desierto y silencio son gemelos que te invitan y te dan la mano para alzar el vuelo: el vuelo del amor, el vuelo de la paz y la libertad.

Hna. Carmen Herrero Martínez